

Julia

Arturo Rodriguez

Image not found.

Capítulo 1

I

Esa noche de agosto llovía salvajemente. El constante rugir de la tormenta azotaba la ciudad, como si la furia de Dios se desatara contra el mundo con el silbido del aire, el golpeteo del agua, el brillo de los relámpagos y el resonar de los truenos. Las calles se transmutaron en ríos de agua sucia, y los autos se atascaron en el tráfico, mientras los desesperados oficiales de tránsito trataban de evitar que la situación se les escapara de las manos.

En medio del caos y las luces del tráfico, se veía la silueta de una mujer que iba con un paraguas roto y una maleta, esforzándose por poder avanzar entre los charcos. Cruzó avenidas, parques y calzadas hasta que llegó a su destino, un decadente edificio en pleno centro de la ciudad. Entró y subió las escaleras con pasos sigilosos; su rostro estaba pálido, y sus manos temblaban. Cuando llegó frente a la puerta 305, tocó un par de veces. Al abrirse la puerta, divisó la silueta de un muchacho alto. Era su hermano Enrique.

Apenas lo divisó, ella se dejó caer. Con esfuerzo, el joven le ayudó a entrar al departamento. La llevó a la tina, donde preparó un baño caliente. Tocó su frente y tenía fiebre. Ella, con mucho cuidado se sumergió en el agua, para no provocarse un shock. Él salió y se llevó la ropa a la cocina, para tenderlas arriba de la estufa. Acto seguido, se sentó en el suelo junto al baño, mientras esperaba con paciencia a que ella se recuperara. Ya que se puso mejor, la llevó a su cama. Él trató de dormir en el sillón de la sala mientras pensaba "Ay, Julia, ¿Qué hiciste ahora?". El resto del tiempo veía el techo.

En la mañana, Julia escuchaba débilmente a su hermano hablar por teléfono con uno de sus compañeros.

—Pedro, lamento no haber ido anoche, lo que pasa es que la lluvia no me dejó salir. Lo bueno es que el bar cerró por eso mismo. Te veo de rato.

Colgó. Al contrario de como había estado la noche, los rayos del sol entraron por la ventana, iluminando el rostro de Julia, obligándola a abrir sus ojos.

—¿Qué pasó? —preguntó Enrique— ¿Te volviste a pelear con papá? ¿O ahora con mamá?

—Con los dos —bajó la cabeza—. Huí.

—¡¡¡¿Huiste?!!! ¡¿Cómo que huiste?!

—Así es, y no pienso volver —levantó la cabeza—. ¿Puedo quedarme contigo?

Enrique se dirigió al sillón, se sentó y puso sus manos en la frente, pensando. Con los dedos, se revolvía los cabellos desordenados mientras cavilaba. Julia permanecía en su asiento quieta, inmóvil, casi sin respirar. Después de un rato, Enrique levantó la cabeza y la vio a los ojos. Ella tenía una mirada triste; no tenía a dónde ir y él era su única esperanza.

—Está bien —dijo, golpeándose las rodillas al tiempo que se levantaba—. Pero sabes que debes ser muy cuidadosa, y no levantar sospechas, ¿Okay? No queremos meternos en un lío gordo. ¿Sabes lo que nos pasaría si se enteran que...

—De acuerdo —Interrumpió—. Seré tan cuidadosa como lo he sido hasta ahora.

Capítulo 2

II

Pasó el tiempo. Un lunes típico de otoño había amanecido ventoso y frío, con ganas de llover. Las hojas eran levantadas violentamente por el aire, formando remolinos en la calle, que con el rojo de su color, parecían tornados de fuego. Las personas iban y venían con sus gruesas chaquetas, mientras se echaban vapor en las manos para calentarse, al tiempo que el aire casi se llevaba sus bufandas.

Elena fue al Café de la Esquina, donde había quedado con Enrique para encontrarse a las ocho y media. Ella llegó primero, ya que estaba más cerca de su casa. Como estaba casi vacío, se encargó de seleccionar una mesa que estuviera lo más próxima al ventanal, pues le gustaba mirar la calle.

Se sentó y pidió una taza de café. Mientras esperaba vio los alrededores; un señor leía el periódico mientras tomaba un chocolate caliente, ya que afuera comenzaba a hacerse pesado el frío. Más allá, un joven veía una película en su celular. Aparte de esto no había nada interesante, salvo la mesera que pasaba y pasaba, sin darle el café que había pedido; iba a decirle algo, pero otra mesera se lo trajo.

Luego de unos instantes entró Enrique con su guitarra, venía de trabajar. Elena dibujó una sonrisa en su rostro, mientras levantaba la mano y la agitaba, para llamar su atención. Al verla, Enrique se dirigió a ella y se sentó. Elena se acercó para besarlo, más él no la veía por estar llamando a la mesera. Tímidamente, ella se volvió a acomodar en su silla y tomó un sorbo de café. Enrique pidió un moka y un pan con mantequilla. Mientras él esperaba, se impuso un tremendo silencio.

—Está bueno este café —dijo Elena, para romper el hielo—, deberías probarlo... además, te calentará, hace mucho frío afuera.

—No gracias, ya me traen el mío —contestó Enrique sin verla.

—De acuerdo... —regresó su taza y dio otro sorbo.

Como dos desconocidos, tomaron sus cafés y comieron sus desayunos. Elena advertía en la mirada de su novio algo de vacío. Titubeó, pues iba a preguntarle la razón de esa mirada, pero mejor calló y siguió con lo suyo. De rato Enrique terminó su almuerzo y se fue, dejándole el dinero con el que iba a pagar. Ni siquiera se despidió con un beso o alguna caricia, sólo se redujo a un "nos vemos luego". Ella sólo lo contemplaba mientras salía

y se alejaba entre la gente.

Elena se dirigió a su casa, y observaba cómo las hojas de los árboles eran arrastradas por el viento, junto con el polvo y la basura. Con desgana sacó las llaves, abrió la puerta, y se sentó en el sillón. Ya en la comodidad de su sala, pudo sentirse capaz de llorar a sus anchas, abrazando un cojín, e impregnándolo de lágrimas. Sus cabellos se humedecían, y las sombras de sus ojos se distribuían por sus mejillas.

Aquello no era novedad. Enrique siempre había sido serio y cerrado, pero no al punto de llegar a la completa ignorancia. Ésta fue apareciendo paulatinamente; primero reemplazó los apasionados besos, por besitos en la mejilla, luego en la frente, después ya no la besaba, y las frases cariñosas se fueron secando.

Ya no era el mismo Enrique de hacía años, el mismo chico callado que, al son de unas cuantas palabras al oído sonreía dulcemente, causándole a Elena gran alegría. Ahora era un tipo casi desconocido que no le hacía el menor caso, y que sólo la llamaba cuando quería hacer el amor; y esto cuando lo era, pues evitaba mirarla a los ojos, besarla o dejarse besar, haciendo de ésta una experiencia muy insípida para Elena.

Capítulo 3

III

Por su parte, Enrique llegó a su departamento. Estaba cansado luego de tocar durante toda la noche. Tocaba en el "Elefante", un club de mediana clase, pero que tenía estilo. Al principio la banda se sentía a gusto y las jornadas largas no les molestaban para nada, pero después de año y medio, ya era un hastío tremendo llegar a ver lo mismo cada noche. Siempre iban las mismas personas; las que les aplaudían, las que les abucheaban, y las que los ignoraban, mas eso ya no parecía importarles. Ganaban regular, pero era suficiente para ellos, en especial para Enrique, y aunque siempre tuviera poco dinero en los bolsillos, no le faltaba lo más básico.

Cuando entró, su hermana estaba barriendo la sala.

—Hola Enrique —saludó Julia—. ¿Cómo te fue durante la noche?

Enrique hizo una mueca rara, y Julia le acarició el cabello al tiempo que le preguntaba si quería algo de desayunar. Él asintió con la cabeza, mientras le lanzaba una sonrisa cariñosa, mientras Julia caminaba a la cocina.

—Hoy vi a Elena —dijo, sentándose en un sillón.

—¿Y qué tal? —preguntó Julia, sin mirarlo.

—Mejor ni te cuento.

Enrique se levantó del sillón y fue donde estaba Julia, preparando el. Lentamente la tomó de la cintura, y le besó el cuello. Julia se ruborizó, pero reaccionó y le dijo susurrando:

—Hoy no. No se puede.

—No te preocupes, sólo quiero estar cerca de ti.

Ellos siempre habían sido muy unidos, jugaban todo el tiempo y se contaban sus confidencias, pero fue Julia quien vio en Enrique algo más. Lo veía como un protector, una figura donde hallaba refugio para sus tristezas, y un par de brazos siempre abiertos para estrecharla cuando necesitara consuelo. Eso quizá fue lo que terminó significando amor para Julia, quien no había visto esto en los demás chicos. Enrique, hasta entonces, había visto a su hermana como una típica muchachita insegura, que necesitaba de alguien que la amara y la hiciese sentir protegida, pero

jamás imaginó que ese alguien terminaría siendo él.

Al principio, fueron algunas extensiones de las horas de estudio con excusas simples, como una lección que no entendía, o bien ayudarle con sus tareas. Luego con algo más de convivencia, donde las crecientes cualidades musicales de Enrique sólo aumentaban su admiración hacia él, haciendo que ella misma aceptara las clases de piano que sus padres insistían en darle. Aquí fue donde pareció acertar, pues él parecía a gusto practicando con su hermana. Luego, en un movimiento más aventurado, empezaron las salidas a pasear y, por último, al cine y a cenar. Las cosas parecían estar yendo en buen camino.

Naturalmente, esto puso nerviosa a Julia, pues su inseguridad inherente se mezcló con el miedo a ser descubierta, pero Enrique era muy perspicaz y supo intuir la situación ante el sutil cambio de actitud hacia su persona. Sabía que lo que Julia hacía estaba mal y estaba resuelto a terminarlo pronto, pero para cuando acordó, la reciprocidad había aparecido para gusto de su hermana, a través de un beso en la oscuridad de sala de cine.

Aunque sus padres no eran tan atentos para notarlo, ambos entraron en pánico. ¿Cómo ocultarían su situación? ¿Cómo aparentar que lo que había entre ellos era un simple cariño fraternal? Esto los dejó sin sueño durante semanas, hasta que Enrique descubrió que una amiga suya, Elena Figueroa, sentía algo por él. Entonces, de una manera astuta, pensó que si tenía una novia, nadie podría sospechar lo que en realidad pasaba, y fue bajo estas tristes condiciones que Elena y Enrique comenzaron una relación.

Capítulo 4

IV

El día del desayuno, Elena y Enrique celebraban cinco años de noviazgo, y para Elena significaba mucho, pero la escena matutina sólo demostró que el amor ya se había apagado, claro, si es que acaso hubo. Durante cinco meses, Elena estuvo pensando muy seriamente en el matrimonio, pero la actitud de su novio la retractaba, y por esa razón nunca le comentó al respecto, pero como Elena era muy gentil, perdonó a Enrique por lo de esa mañana, pensando que tal vez venía muy agotado por el trabajo, y sólo tenía ganas de dormir. Decidida, resolvió ir a su departamento para platicarle sobre el futuro de su relación, y tal vez así aumentarle un poco el ánimo.

Después de desahogarse un poco, se duchó y se arregló. Se puso un suéter de lana blanco, con una falda y medias negras, pero como aún hacía frío, se puso una chaqueta de cuero café y una bufanda a cuadros. Salió de su casa, donde, como de costumbre, los carros que pasaban hicieron que tardara mucho en cruzar la avenida. Al pasar por la repostería, compró un pastel de zanahoria, pues sabía que era el favorito de Enrique. "Ojalá le guste", pensaba mientras iba por la calle con la caja. Llegó al edificio, y uno a uno, fue subiendo los escalones hasta llegar al tercer piso.

Enrique no vivía en un lugar muy deseable. Era un edificio un tanto destartado por el paso de los años, tenía algunas ventanas entabladas y otras rotas, aunque había algunos huecos donde de plano no había nada, que era por donde se metían algunos muchachos a drogarse o a hacer escándalos, a menudo molestos para los vecinos. Por suerte, el apartamento de Enrique no era tan descuidado. Estaba entre dos cuartos, uno lo habitaba un hombre que pasaba la mayor parte del tiempo ebrio, y el otro lo habitaba un escritor que se había vuelto amigo de Enrique, y se llamaba Andrés. Cuando Elena por fin llegó a la puerta, tocó tres veces. Esperó un instante, y volvió a tocar. El cerrojo oxidado rechinó, y la puerta se abrió lentamente, dejando ver el interior. Se asomó Julia por detrás de la puerta, con un cigarro en la boca, y con cara adormilada.

—Hola. ¿Puedo ayudarle? —preguntó Julia, rascándose la cabeza y tirando la ceniza del cigarro.

Elena se sorprendió de ver a una mujer en el departamento de su novio.

—¿Aún vive aquí Enrique Lozano? —preguntó, nerviosa.

—Sí. Soy Julia, su hermana, mucho gusto —le tendió la diestra con una sonrisa, mientras apagaba su cigarro tirándolo al suelo y pisándolo con la

chancleta—. Usted debe ser Elena. Enrique salió un momento. ¿Desea esperarlo?

—Sí, por favor —sonrió, mientras acomodaba la caja entre sus brazos.

—Pase —dijo, abriendo la puerta por completo al tiempo que despejaba el humo del cigarro.

Elena entró. Julia quitó unas cosas del sillón y lo sacudió con un trapo. A Elena le llamó la atención el hecho de que Julia estuviera con una blusa larga, cuyo cuello le quedaba grande y le dejaba ver el hombro y un tirante; no traía pantalones, y se podía ver un poco de su ropa interior. Julia advirtió la mirada de Elena.

—Se fue desde el mediodía, y yo me acabo de despertar —dijo, estirándose y bostezando, lo cual levantó su blusa—, por eso estoy así. Si le molesta, puedo ponerme un pantalón.

—No se preocupe. Además, hágame de tú, supongo que tenemos la misma edad, ¿No?

—Tengo 21.

—Ahí está, yo tengo 23.

A pesar de la despreocupación de Elena, Julia no se sintió muy cómoda, y de todas maneras se puso un pantalón arrugado de mezclilla negra. Se sentó junto a Elena y prendió otro cigarro; le ofreció uno, pero ella negó con la cabeza. Julia se veía indiferente, como si no le interesara que estuviera alguien más ahí. Sostenía el cigarro con sus dedos, llevándose a la boca de vez en cuando, para luego echar extensas fumarolas que poco a poco llenaban la sala. Julia, al notar el hielo que dominaba esa habitación, dijo en un tono burlesco: "Abriría la ventana, pero da a la pared del edificio contiguo, y no serviría de nada". Luego rió a carcajadas. Elena sonrió también, más por educación que por la vaga gracia del chiste. Julia vio la caja con el sello de la repostería.

—El pastel... ¿Es para Enrique?

—Así es —afirmó con la cabeza, sonriendo.

—¿De qué es? A Enrique le encanta el de zanahoria

—Pues de hecho —abrió la caja— has acertado.

—¡Qué sabroso! —exclamó, frotándose las manos— ¡Y tiene esas pequeñas zanahorias de betún! Se nota que conoces los gustos de

Enrique.

—Si quieres, cortamos unas rebanadas antes que regrese —sonrió Elena, como si se tratara de alguna travesura.

—¿Lo dices en serio? —preguntó entusiasmada.

Elena asintió con la cabeza, Julia guiñó el ojo y se apresuró a la cocina, a tomar un cuchillo, servilletas y un par de platos. "Me agrada" —pensaba Elena, mientras la veía correr por la casa, muy diferente a la mujer que le había abierto la puerta.

Cuando regresó, Elena había acomodado el pastel en una mesita que se encontraba en medio de la habitación. Julia dispuso los platos, mientras Elena partía el pastel. Enseguida advirtió que la hermana la veía fijamente mientras cortaba las rebanadas; observaba cómo, con suma delicadeza, se recogía el cabello para que no cayera en el blanco betún. Ya que los había partido, repartió en los platos los pedazos de pastel. "¡Tonta que soy!" —exclamó Julia— "¡Olvidé los tenedores!", y rápidamente se fue de nuevo a la cocina para traerlos.

Mientras tanto, Elena vio el entorno. Un par de sillones, la mesita y una vieja televisión eran la sala. Había un teléfono de disco descolgado y abandonado en el piso, mientras que en su lugar estaba un inalámbrico. Más allá, estaba la guitarra Rickenbacker 325 de la que tanto presumía Enrique, con una pequeña nota adherible que decía: "Comprar cuerdas nuevas". Esa guitarra fue su sueño durante años, hasta que con un esfuerzo sobrehumano, logró comprarla ya usada. Estaba hecha un asco, pero a él le encantaba y con el poco dinero que fue juntando la arregló, y ahora lucía espléndida. Elena sonrió al verla, y continuó observando.

Algo que llamó su atención, fue la presencia mayor de fotografías de los dos hermanos, mientras que sólo había tres fotos de Elena y Enrique. Tomó una entre sus manos y la vio detenidamente; eran otros tiempos, era la época en que Elena y Enrique eran la pareja perfecta. Oyó un ruido y la regresó rápidamente a su sitio. Regresó Julia, dándole el tenedor y sentándose junto a ella con una sonrisa. Mientras que la chica comía el pastel con mucho gusto, Elena lo hacía más despacio.

—Enrique no me dijo que estabas viviendo con él, por eso me sorprendí —dijo Elena, limpiándose el betún de los labios.

—Es que no llevo mucho tiempo aquí. Me peleé con mis padres, y vine a buscarlo.

—Lamento oír eso. ¿Por qué te peleaste con ellos? —puso la mano en el

hombro de Julia.

—Eso no te incumbe —contestó, impulsiva y viéndola a los ojos.

Elena se quedó atónita, y lentamente retiró la mano de donde la tenía. Se hizo un siniestro silencio.

—Discúlpame si dije algo indebido —se disculpó Elena, aún sorprendida.

—No —reaccionó Julia al instante, como si saliera de un trance—, perdóname tú; es que el problema fue muy fuerte, y sólo recordarlo me pone de malas. No quise responderte así, lo siento.

—No hay problema. ¿Tú y Enrique se llevan bien? —cambió el tema.

—Sí... ¿Por qué?

—No, por nada. Es que tú eres muy alegre, y él es muy serio.

—¿Serio? —dijo Julia, extrañada— ¡Qué va! Es la persona más divertida que conozco.

El rostro de Elena se apesadumbró.

—Entonces, soy yo —bajó la cabeza.

—¿De qué hablas? —la volteó a ver.

—De nada —se levantó dejando el plato en la mesita—. Ya que me tengo que ir. Fue un placer conocerte.

Trémula, Elena tomó sus cosas rápidamente, se puso su chaqueta y salió. Julia se quedó sola en el sillón, con el plato en la mano, y muy confundida.

Capítulo 5

Luego de caminar lejos del edificio, se sentó en una banca del parque. El frío se había calmado un poco, pues los cálidos rayos del sol se dejaron caer como una sábana sobre la ciudad. Los niños, que estaban saliendo de las escuelas, jugaban un rato con los amigos, y luego se iban a sus casas. Los ancianos paseaban sin prisa mientras charlaban plácidamente. Algún corredor casual trotaba con paso firme, oyendo música con sus audífonos. Todo esto observaba Elena a través de una niebla de tristeza, pues se había dado cuenta que la actitud de Enrique era sólo hacia ella.

Luego de un rato se levantó y se dirigió al café de siempre, donde hacía unas horas había pasado una experiencia muy desagradable, y al recordarlo, cambió su rumbo a una fonda que se encontraba más adelante. Llegó y se sentó en una mesa junto al buffet. "Para estar cerca de la acción" —pensaba. De entre todos los platillos que se ofrecían, escogió algo de pollo, arroz y algunas verduras. Para tomar, se sirvió té helado.

A pesar del sabroso aspecto que tenía su comida, no probó nada. Más bien se acongojó, y apoyó su cabeza sobre sus brazos, los cuales estaban sobre la mesa. Sólo veía cómo se levantaba frente a ella el humo de la comida caliente. Al recordar lo que había pagado por ella, decidió comer un poco, al menos para hacer rendir el dinero, aunque a decir verdad se pasó más tiempo jugando con el tenedor.

"¿Por qué sólo conmigo?" —cavilaba Elena entre bocado y bocado—
"¿Acaso ya no le gusto?". Tomaba su espejo y se veía la cara. No se veía mal. Tomó su celular, y llamó a Enrique. Sonó y sonó, mas nadie respondió. Esto la puso más triste, y salió de la fonda sin haber terminado su comida, la cual recogió una mesera y terminó en la basura, junto con todas las esperanzas de Elena de un mejor panorama en su relación.

—Hola Julia —llegó Enrique a su casa.

—Hola... —musitó.

—¿Pasa algo? Te veo muy apática.

—Vino Elena.

—¿De veras? —se sorprendió— ¿Y qué hizo, o qué?

—Venía a dejarte un pastel...

Enrique hizo una mueca rara.

—¿Te has portado diferente con ella?

—¿A qué te refieres?

—Pues, a ella le sorprendió mucho que dijera que eras alegre.

—Es que... ya no somos como antes.

—Se ve que es una chica muy dulce.

—Y lo es. Quizá sea por ello que ya no la amo. Me harté de ella.

Julia vio al suelo.

—¿Te hartarás de mí algún día?

—No, nunca.

Y sonriendo, la besó en el cuello.

Julia se sentía mal por Elena, ya que notó lo mucho que quería a su hermano. Esto la mantuvo un poco seria unas horas, hasta que Enrique le preguntó si lo acompañaba a comprar cuerdas para la guitarra, ya que ese día no iba a trabajar. Julia aceptó y salieron. Como no tenía dinero para comprar un auto, Enrique siempre tomaba camiones para ir a todos lados, lo cual sólo le causaba molestias y un despilfarro innecesario de dinero.

Él solía comprar sus cuerdas en un lugar llamado "Musika", ya que Carlos, un amigo suyo, trabajaba ahí y le hacía precio. Al entrar, sonó una campanita y salió él, fumando un cigarro. Al ver a su amigo Enrique, sonrió y le preguntó:

—¿Qué ha habido Quique? ¡Hola Julia! —saludó— ¿Lo de siempre?

—Ya sabes...

—¿Cuántas? ¿Las seis?

—Así es... ya le toca.

Carlos sonrió y fue a buscarlas. Julia, en tanto, fue a merodear por la tienda. Como Carlos ya la conocía, le dejaba tocar los instrumentos, siempre y cuando no la viera su jefe. Este era un hombre gordo y bigotón, que por alguna extraña razón siempre usaba horrendas corbatas con

pinturas de animales. Una vez, llegó a traer una donde se plasmaba la vida animal y vegetal de la selva, de manera que los jaguares y demás estaban en el fondo oscuro, mientras que al ir subiendo se veían los frondosos árboles, para terminar cerca del nudo con guacamayas y quetzales. Carlos aborrecía esa corbata, mientras que a Enrique le causaba gracia.

Julia, que adoraba tocar el piano (ya que en casa sus padres siempre les inculcaron la música), se fue directo a verlos. Fueran de cola, verticales o teclados eléctricos, todos los veía admirada, los tocaba, y luego suspiraba triste, pues sabía que jamás tendría ninguno. Enrique la veía suspirar, y pensaba, "Espérame tantito, sólo un par de meses más y lo tendrás". Él había puesto su atención en un piano vertical que había llegado, y se prometió darle el gusto a su hermana comprándoselo. Era caro, pero Carlos dijo que podía facilitarle una modesta cantidad. La verdad es que le gustaba Julia, pero no se atrevía a decírselo a Enrique, ya que la protegía mucho.

—Aquí tienes, brother —dijo Carlos.

—¿Cuánto es?

—Pues son 250, pero como eres tú... 170. ¿Te parece?

—Ya estás... toma —le dio el dinero—. Gracias.

Le habló a Julia, y se dirigieron a la puerta. Carlos, discretamente, la registró con la mirada.

Capítulo 6

VI

Elena, quien trabajaba en una librería, siempre había querido ser maestra. Era recién egresada de Pedagogía, pero no conseguía empleo, ya que primero solicitaban personas de escuelas privadas, que de universidades públicas. “Tal vez si viviera en mi casa, me daría más tiempo para buscar”, solía pensar, pero como vivía en otro estado y se había mudado para estudiar, tenía que pagarse el techo, el cual encontró rentando una casa frente a la avenida principal.

Fue en la universidad donde conoció a Enrique. Ella estaba haciendo fila en tesorería para pagar el semestre, y él estaba atrás. Como tardaban mucho en abrir la ventanilla, se pusieron a platicar sobre la burocracia universitaria, la flojera de los empleados, el clima, sus carreras... en fin, hablaron lo suficiente como para volverse amigos. A Elena le había gustado casi de inmediato; serio, callado, de personalidad algo dura, pero cuando se lo proponía, podía ser muy tierno con su espontaneidad. Enrique sentía simpatía por ella, pero no como para pensar en el noviazgo, pero al ocurrir lo de su hermana tuvo que ocultarlo, y durante una cena se le declaró a Elena. Al principio, Enrique pensaba ingenuamente que con ella iba a dejar a un lado a Julia, pero se dio cuenta que el amor hacia su hermana, sólo se encargaba de crecer y crecer sin control, y la presencia de su novia poco a poco iba sobrando.

Cuando llegó a casa, Elena no sentía ánimos para ir a trabajar. Llamó para avisar que no iría, y se fue a su cuarto a ensimismarse, una costumbre que iba forjando recientemente. En su cuarto, todo era silencio, a excepción del metro que pasaba cerca, que con sus rechinantes ruedas era como un intruso en aquella habitación. No hacía nada, sólo estaba acostada en su cama con la mirada perdida, parpadeando en una que otra ocasión, mientras pensaba en la nada, al tiempo que en todas las cosas del mundo.

Enrique, por su parte, se entretenía colocando las cuerdas. Lo hacía con cuidado, ya que el sólo pensar que se rompiera una, hacía que le doliera el codo. Julia lo observaba muy entretenida, y cada vez que su hermano volteaba a verla, le lanzaba una sonrisa, hacía una mueca, o le sacaba la lengua. Enrique reía y volvía a su faena. Recordó que había que pintar la sala, ya que la pintura llevaba un buen tiempo seca y polvosa. Julia no podía ayudarle, pues era muy sensible al olor.